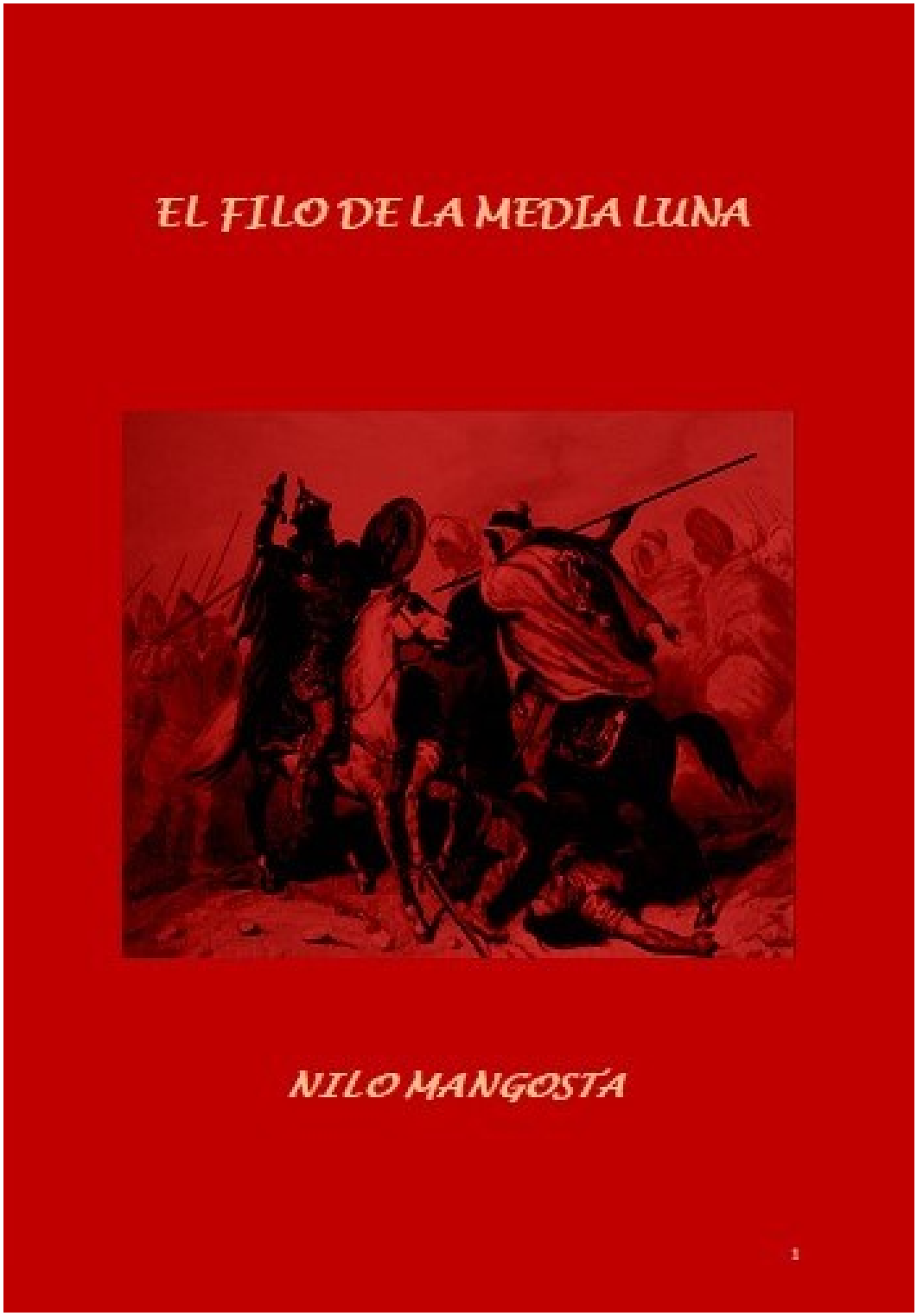
El filo de la media luna

N M



Capítulo 1

1

La amurallada ciudad de Septem reposaba libre y angosta sobre la soledad de su istmo, difuminada en la intersección de dos mundos opuestos, rodeada del brillante manto que el sol desplegaba en la serenidad de sus aguas zarcas, cuyos luminosos destellos bailaban abrazándose a su delicada arquitectura bizantina, vestigio de una época anterior cada vez más lejana. Entre la algarabía de la cotidianeidad de la urbe, con sus comercios y sus gentes, se erigía, casi tocando el cielo, una fortaleza que custodiaba la ciudad desde el mar, encarando a Europa, hasta la frontera sur donde recelaba de la presencia hostil del infiel omeya y de sus vasallos berberiscos.

El anfitrión de tan majestuosa construcción no era ni más ni menos que el señor de la ciudadela, el mismísimo conde Olián, último bastión de la cristiandad en África, encargado de frenar el ímpetu morisco y gran aliado del imperio visigótico. Gozaba de gran prestigio entre la aristocracia peninsular, no sólo por su gran importancia estratégica, sino porque su heroica, aunque inútil, defensa de Tingi ante Uqba Ibn Nafi solía ser muy recordada en los círculos más influyentes, por lo que su opulencia, al considerarse merecida, era bien vista.

Junto a la imperecedera belleza de los mosaicos de sus fachadas y la estilizada magnitud de las columnas realzando cúpulas hacia el infinito, su residencia palatina destacaba por la exuberancia de sus jardines, un edén primaveral que llenaba de color la estancia de sus habitantes y que invitaba a soñar bajo el hipnótico rumor de sus voluptuosas fuentes. Allí varias jóvenes ríen y juguetean ajenas a cualquier tipo de preocupación, parece que comentan amoríos platónicos e inocentes —o puede que no, quién sabe— susurrando en voz baja como si escondieran sus palabras de la supervisión parental. Entre ellas destaca por su belleza una joven afrodita de piel cobriza y grácil complexión, envuelta en vertiginosas curvas que invitaban más al pecado que a la gracia divina que se esperaba del amor puro. Su rostro era dulce y de proporcionadas facciones, enmelados los ojos que conferían a su mirada una fiereza felina y unos labios carnosos que transformaban las palabras en caricias. Tras ellos, una pulcra sonrisa contagiosa capaz de enternecer al más avezado seductor.

—Florinda, hija, tu padre quiere hablarte de una cosa importante a solas —requirió el conde Olián a la hermosa joven provocando que el resto de muchachas abandonasen la escena igual que pajarillos despavoridos ante un rugido.

—Dígame, amado padre —respondió la bella joven con prestancia y obediencia.

—Tienes ya edad para ir siendo una dama, ya no eres una niña para corretear por los jardines y jugar descalza entre las fuentes. Es hora de que aprendas a ser toda una mujer: cauta, servil, elegante... Quiero que adquieras dichas virtudes a través de la vida en la corte, empapándote de las damas de alta alcurnia para que poco a poco te hagas una reputación inmaculada que atraiga a un gran señor —expuso el conde sin atender a miramientos, de forma unilateral, ajeno a los sentimientos y pretensiones de su hija.

—Padre, si es vuestra voluntad así se hará. Aprenderé de la más virtuosa de las señoras y conseguiré que hasta el rey se sienta orgulloso, si ése es vuestro deseo —respondió dócilmente la dulce Florinda.

—¡Calla, hija mía! El rey Roderico es hombre casado y no llega a tu altura, por mucho que tenga una corona en su cabeza de hidra. No es más que un advenedizo que ha usurpado un trono que por derecho natural corresponde a los hijos de Witiza, aquél sí que fue un gran monarca. Aprenderás a ser una gran dama y te prepararás para ser la esposa de Agila, hijo de Witiza, y futuro rey del imperio —explicó el señor de la ciudadela no sin cierta crispación, aunque soñando en voz alta.

—Pero, padre, no es más que un crío... —argumentó la hermosa fémina algo contrariada, cayendo en la cuenta de que el cénit de su hermosura se agostaría en la espera.

—Un crío de la mejor estirpe. Le esperarás y así tendrás tiempo para aprender a ser una gran reina a su servicio —sentenció el conde Olián sin admitir refutación alguna, el plan para su linaje no atendía a discusiones, sólo se refocilaba en su propia ambición.

—Gracias, padre, lo haré por vos y por nuestra familia. Daré una gran imagen de nosotros en la corte —asumió la niña su cometido con total sumisión, si bien tras su resignación se hizo perceptible cierta amargura que no pasó inadvertida a su padre.

—Cariño, eres mi mayor tesoro. Necesito que sepas lo mucho que me importas y por ello te estoy otorgando tal responsabilidad, fruto de mi confianza en ti. Quiero que tengas mil ojos en la corte y que seas extremadamente precavida, allí el ambiente puede enviciarse y puede surgir la tentación en cualquier esquina. Te harán cientos de proposiciones deshonestas y tú has de resistirte a caer en la concupiscencia y en la inmoralidad, ya sea un apuesto mozo de cuadras o el mismísimo rey, pues en ambos casos se tratará del mismísimo demonio —advirtió gravemente el héroe de Tingi a su hija, preocupado por si alguien pudiera marchitar la

flor de su virginidad.

—Debo negarle incluso al propio dueño del trono? ¿Y si sus intenciones destilaran honestidad? —preguntó Florinda dubitativa.

—Ese áspid no es tu rey. Ni aunque se presentase con una propuesta de matrimonio... Aun así, tu cometido es mantenerte pura, aprender y reservarte para el noble y valeroso Agila. ¡Olvídate de caer en otras redes y déjate de fantasear con otros esponsales! Una doncella deshonrada carece de todo valor, es como un huevo podrido: pese a su acendrada cáscara, en su interior yace la pestilente podredumbre del libertinaje, el negro fruto de la depravación más corrupta. Una mujer ultrajada no es más que mercancía para el disfrute carnal, y tú, mi amor, estás muy por encima de eso, eres un ángel destinado a ser reina, sin más porvenir que el trono junto a un gran señor. ¿Has entendido las sabias palabras de tu padre, hija mía? —se explayó el conde con notable vehemencia, malhumorado ante un hipotético escenario en el que la sangre del rey Roderico se mezclara con su propia estirpe.

—Desde luego, padre. Lo que vos deseéis —accedió la chiquilla con gran obediencia hacia su padre, sin embargo, un prurito travieso la intrigaba por dentro, ávida de los intrincados secretos de las relaciones cortesanas, dado que para ella no dejaba de ser un juego, algo propio de la curiosidad juvenil.

—Partirás pasado mañana hacia la capital pues —concluyó el señor de Septem convencido de la inocencia y del buen hacer de su vástago, seguro de los mejores augurios para su hija.

El venerable conde, satisfecho por el cariz de la conversación, regresó a sus salones, mientras que la sensual Florinda sonreía levemente clavando su mirada animal más allá del mar y del cielo, ansiosa de nuevas aventuras, como un depredador relamiéndose ante su presa. Abandonaría la niñez de aquel enclave fronterizo para hacerse mujer en la metrópoli cortesana, nada podía ilusionarla tanto ni saciar más sus mayores apetitos.

Capítulo 2

2

Toletum se elevaba amurallado y desafiante en un cerro bañado por el río Tagus, capital del imperio y confluencia de caminos, ciudad aglutinadora de poderes donde se dirimían los asuntos políticos y religiosos del reino. En su grisácea piedra se alzaba una metrópoli que orgullosa albergaba un interesante crisol de culturas, desde godos rubicundos a hispanorromanos cetrinos, sin olvidar algunas reminiscencias judías que habían sobrevivido fuertes a las políticas antisemitas de anteriores monarcas. Era el núcleo de todo y en aquella época se palpaba en el ambiente una agitación exacerbada, más aun que de costumbre, a causa de la polémica sucesión regia tras la extraña muerte del rey Witiza. La ascensión de Roderico había plagado el imperio de conspiradores y en los rincones más oscuros se podían escuchar furtivas proclamas vitizianas que anhelaban en el trono al joven Agila, hijo y sucesor natural del difunto monarca Witiza, refugiado en el norte, allá por la Septimania. Pese a todo, el grueso de la nobleza permanecía fiel al antiguo duque de la Bética y nuevo monarca, Roderico era el nuevo señor de Spania, le doliese a quien le doliese.

La majestuosidad del salón principal de palacio, embellecida por suntuosa orfebrería y remozada de áureas filigranas entre los delicados estandartes dinásticos, reflejaba la fuerza del poder real custodiando el trono que se elevaba sobre el resto de la sala. Allí debatían el rey y su hombre de confianza, Pelagius, asuntos políticos de estado ante la atenta mirada de Egilona, esposa del Roderico. Era la reina una mujer de fría belleza, la palidez de su piel dotaba a su presencia de una etérea fragilidad, casi mágica como una ilusión, potenciada por el luminoso brillo dorado de sus cabellos, otorgando a la gran dama una apariencia casi divina. Su gesto altivo y sus exquisitos modales descubrían su rancio abolengo y su saber estar era objeto de admiración en todas partes, era culta e inteligente, se decía que incluso más que el propio rey, pues éste era considerado por muchos no más que un caudillo militar bien posicionado. En los zafiros que adornaban su mirada se podía sentir un brillo apagado que transmitía cierta melancolía, como de nostalgia por un amor desvaído, bien relacionado con el propio rey o bien evocando a algún recuerdo de juventud. En cualquier caso, su gélido mirar analizaba la discusión de los dos varones, ambos cortados por el mismo patrón: fornidos, barbudos y belicosos, brillantes militares, agudos estrategas en combate, pero escasos de cualquier atisbo de diplomacia. Sus palabras se dejaban arrastrar más por la vehemencia y por el rencor que por el buen juicio requerido para el gobierno.

—¡Esa escoria vitiziana! Parecen ratas, están por todas partes pero no se dejan ver —se lamentaba el monarca hastiado por la ausencia de

consenso que su nombramiento suscitaba en el reino.

—Mi señor, no queda otra opción que la guerra civil, esos perros no descansarán hasta veros destronado. Los hermanos de Witiza, Sisberto y el Arzobispo de Sevilla, Oppas, están organizando una resistencia en el norte y están preparando el terreno para la usurpación del trono por parte del joven Agila —instigaba Pelagius al rey insuflándole premura en la toma de decisiones.

—El padre de Witiza le sacó los ojos a mi padre antes de desterrarlo y ahora sus hijos quieren enterrarme en vida para imponer a su nieto. No te preocupes mi querido Pelagius, habrá sangre —respondió Roderico enrabietado mientras deglutía el amargor de la bilis que le causaban tales recuerdos.

—El gran Teodofredo mereció mejor suerte por intentar librar al reino de la tiranía del rey Égica, mi señor, ahora os corresponde a vos tener mayor pericia a la hora de combatir a vuestra amenaza que la que tuvo vuestro admirable progenitor. El mío, el gran Favila, murió apaleado como un perro por el capricho lujurioso de Witiza, sé lo que sentís y el orgullo nos llama a la venganza. No es solamente por la integridad del reino, es una cuestión de honor y de lograr que nuestros ancestros allá en los cielos reposen al fin en paz —prosiguió el bueno de Pelagius con su discurso del odio.

—Debemos hacer una batida desde la cornisa de los vascones hasta la Septimania, todo aquél que no jure fidelidad a mi corona, será ejecutado. Hasta que no nos entreguen a esos traidores y sus cabezas adornen las picas de la Torre, no pararé, mi leal Pelagius, lo juro —propuso el rey nublado por la inquina que le producía la naturaleza inveterada de sus adversarios.

Atenta a cada palabra de los hombres, la sabia Egilona analizaba con precisión la voluntad beligerante de ambos, pero convencida del error que siempre supone el actuar más con las vísceras que con la razón, se decidió a intervenir humildemente, siempre desde la exquisitez de sus maneras, conjugando astutamente los modales con la efectividad de sus hipnóticas palabras:

- " Mis señores, el reinado de Witiza fue convulso y trajo no pocas penurias al pueblo, una guerra podría ser eficaz frente a vuestros enemigos, confirmaría vuestro poder y calmaría vuestra sed de venganza, pero sería injusta para con vuestros súbditos que anhelan paz y prosperidad." -trató la reina de aportar cierta cordura a la discusión.

- "Mi señora, ¿insinuáis que debemos ignorar a los traidores y dejar que se organicen para intentar usurpar el trono de nuestro rey y señor

legítimo?" -planteó Pelagius con cierta simpleza impostada.

- "¡Mujeres! Siempre renuentes a las armas, mi fiel Pelagius." -rió el rey Roderico menospreciando el planteamiento de su esposa.

- "Mis señores, no digo que les dejen actuar, lo que afirmo es que a través de la paz, en ocasiones, se puede disuadir una traición inminente. Pensad, oh mi rey, por qué si no Witiza os nombró duque de la Bética sabiendo que vuestro padre había sido desterrado por conspiración. Quiso evitar una guerra civil colmando la sed de sus enemigos, haced vos lo mismo, mi amado Roderico, no dejéis que el orgullo os ciegue. Entregadles ciertas prebendas y hacedles partícipes en algún cargo importante y su rencor se tornará en fidelidad y respeto, y además evitarás penurias al pueblo, oh mi rey." -argumentó Egilona con la lógica como arma, intercediendo por el bien de los más débiles y proponiendo la política como solución.

- "A esa escoria de Witiza no le sirvieron sus lisonjas para conservar el trono para los suyos. No repetiré sus mismos errores, mi amada reina." -respondió Roderico tajante, eludiendo cualquier atisbo de raciocinio que se desmarcase del acero y la sangre.

- "Como vos deseéis, mi señor esposo. Vuestra palabra es ley." -aceptó la reina inclinando su corona ante su marido.

- "Mi señor, con vuestro permiso entonces iré disponiéndolo todo. Organizaré levas, reuniré a las huestes, avisaré a los maestros armeros..." -se inclinó el bueno de Pelagius solicitando el permiso para retirarse a su señor, el cual accedió con un leve gesto asintiendo la cabeza.

- "Oh, mi rey y esposo, también os solicito que disculpéis mi ausencia, puesto que he de atender asuntos relacionados con las nuevas doncellas que han llegado a la corte para ser instruidas." -solicitó la diligente esposa el permiso a su marido rey que no puso impedimento alguno.

- "Marchad sin preocupación, yo he de reflexionar." -les despidió Rodericus algo distraído por la contienda que se estaba gestando en su cabeza, nervioso y agitado no paraba de rascarse.

Pelagius y la reina abandonaron el gran salón y se internaron en los pasillos de la corte, flanqueados de adusta piedra en las paredes, la tenue luz de las antorchas y la fría mirada de antiguos bustos que vigilaban atentos los intrincados recovecos del palacio, ocultos entre las sombras temblorosas, eran sus únicos testigos. Ambos conversaban mientras se encaminaban a sus destinos, antes de separarse cada uno en dirección a diferentes cámaras.

- "Oh, mi reina, espero que las nuevas doncellas no os den grandes quebraderos de cabeza." -rompió el hielo el brazo derecho del rey,

hombre de confianza y capitán de sus ejércitos.

- "Mi admirado Pelagius, parecen todas buenas niñas, tan solo tengo dudas de la reputación de alguna de ellas." -afirmó la reina recelosa ante la posibilidad de introducir una sierpe en su nido de blancas palomas.

- "¿No vienen todas bien recomendadas por grandes familias?" -preguntó intrigado el noble caudillo militar.

- "Desde luego, son todas de alta cuna y bien amaestradas, pero la hija del señor de Septem no acaba de complacerme. Se dice que es un espíritu libre, visceral y rebelde, no va a ser fácil de domar." -confesaba resignada Egilona ante la ardua tarea que la esperaba.

- "No conozco de ella más que lo que he oído de su exótica belleza y que es hija del conde Olián, aliado de la corona, aunque algo reservado en su trato con el rey Roderico." -pareció interesarse Pelagius por el tema.

- "Gentes de Septem afirman que anda ya resabiada y que incluso no ha rehusado de los favores de algún berberisco, de hecho le llaman "la Cava", que en lengua mora viene a significar "mala mujer". ¡Imaginaos la poca categoría que hay que tener para mezclarse con esos salvajes infieles! Aunque ya sabemos que las habladurías, son sólo eso, rumores sin fundamento." -sació la reina la sed curiosa del militar.

- "Convencido estoy de que el temple y el buen hacer de mi reina sabrán enderezar a tan endiablada damisela." -no escatimó en cumplidos el leal Pelagius a su señora.

- "Lo que verdaderamente me inquieta, oh mi admirado amigo, es la voluntad caprichosa de mi lujurioso esposo. Vos bien le conocéis y sabéis de buena mano que es fácil presa de las tentaciones. No hay ramera a la que sepa resistirse." -confesó Egilona apesadumbrada y llorosa, consciente de que su buena amistad con Pelagius era aval más que suficiente para tamaña confidencia.

- "Mi egregia señora, siento en el alma vuestro hondo pesar. Sabéis con certeza que si de mí hubiera dependido, ahora todo sería diferente para ambos." -evocó el noble Pelagius a una época de juventud en el que la amistad que le unía con la reina era todavía más estrecha.

- "Claro que lo sé, mi querido Pelagius. Sois tan íntegro que antepondréis siempre vuestro deber a vuestros deseos, lo cual provoca que mi admiración por vos crezca todavía más si cabe." -respondió Egilona nostálgica y vulnerable ante la casta caricia de su gran amigo y antiguo amor juvenil, cuya mano recogía la humedad de las lágrimas en las

suaves mejillas de la desdichada reina.

De pronto pareció como si la realidad se apareciese en forma de inoportuna brisa y rompiese la antigua magia que estaba emanando de los recuerdos del caballero y la dama. Enjugándose las lágrimas una y recomponiéndose de la tentación el otro, ambos se despidieron cortésmente para atender con diligencia sus distintos quehaceres. Ambos se alejaron prisioneros de los grilletes cuya posición y moralidad exigían frente al ardiente dictado del afecto que quién sabe si otrora fue deseo e incluso amor.

Capítulo 3

3

El rey quedó impávido en la soledad del trono, rumiando su propia cólera entre los sarpullidos sarnosos que se le acentuaban cuando la presión de las decisiones incrementaba. Sus nerviosas uñas calmaban fugazmente un picor que se volvía a reproducir, burlándose de su propia impaciencia, prolongando una sensación de incomodidad que llegaba a desquiciarle. Ésta era una enfermedad que le contagiaron en algún infecto lupanar reposando de alguna exitosa escaramuza allá por el sur, hace tiempo ya.

—Este es mi cruel sino, si yazco con una vulgar meretriz, heredo la vergüenza de la sarna y si soy ungido como legítimo rey, me encuentro con una caterva de indeseables que se conjuran para arrebatármelo. ¿Acaso he ofendido a Dios de alguna manera para que vierta sobre mí tal infortunio? —se preguntaba Roderico molesto con su suerte, eximiéndose de cualquier responsabilidad que pudieran haber conllevado sus actos.

Se levantó del trono y paseó por el salón, acercándose a una de las armaduras que adornaban la sala, quedó prendado de su imagen que reflejaba un escudo bañado en bronce. Percibió su semblante ajado para su edad, aún joven pero castigado por los excesos y el rigor de la guerra, y sintió una presión interior que le recordaba la brevedad de la existencia y cómo su legado sólo podría persistir a través de un heredero. Con una guerra en ciernes era vital dejar la semilla antes de partir, le era indiferente si el fruto se gestaba en el legítimo vientre de la reina Egilona o en las bastardas entrañas de una barragana de baja estofa. ¿Pero cómo lograr tal cometido con su repugnante padecimiento?

Roderico conocía de primera mano las sospechas de Egilona, notaba en sus ojos el rencor hacia el ídolo caído del pedestal, su sarna fruto de la infidelidad y la indiscreción de las habladurías cortesanas provocaban tal desazón en la reina que yacer con ella era frío y doloroso. Entre jadeos plañideros y reproches mudos con la mirada era imposible concebir un príncipe, Dios sabe que su esposa estaba llena de virtudes, pero el rey no hallaba en ella el placer que tanto le atraía en las serranas de los tugurios que regularmente frecuentaba, y esto les estaba alejando al uno del otro. Ella nunca sacaba el tema porque su educación le impedía incomodar a su esposo rey y además le parecía que tan siquiera plantearlo suponía deshonrar a la corona y a su propia nobleza.

Otro camino sería encontrar una concubina que le diera un bastardo, pero esto sería doloroso para su imagen y humillante para su admirada señora, pocas cosas podían traspasar el escudo de la cabal Egilona como la vergüenza. De veras que Roderico apreciaba a su esposa, pero sentía que le consumía el no experimentar la paternidad, el no asegurar el futuro de

su nombre y de su noble dinastía —que se remontaba al gran Recesvinto, e incluso a Chindasvinto— con su progenie. ¿Qué papel le depararía la cosmogonía visigoda si no fuera capaz de perpetuar su reinado? Si algo le achacaban muchos de sus adversarios políticos era su barbarie, su simpleza de caudillo militar como si tan sólo fuera un guerrero en un trono, una bastardía no haría más que dar argumentos a todos sus detractores. Roderico era preso de la duda y desconocía el modo de encarar tan peliaguda disyuntiva.

El rey debía tomar una decisión difícil y notó que las paredes del gran salón comenzaban a oprimirle el ánimo, sintió su espíritu como una mortecina llama azulada al borde de la extinción, necesitaba respirar, por lo que consideró dar un paseo por los aledaños de palacio a ver si desde los balcones el trinar de las aves, el colorido de la naturaleza y el fulgor del sol le devolvían el ímpetu y la firmeza.

Capítulo 4

4

—Es cierto, he oído que la Torre custodia los mayores tesoros de la antigüedad —afirmaba una joven damisela en enaguas refrescándose los pies en el río mientras reunía el aplomo necesario para bañarse en sus refrescantes aguas.

—He oído que ahí están las joyas de la reina de Saba, el oro de Alejandro Magno, piedras preciosas de toda índole, e incluso la mesa del rey Salomón. ¿Si no por qué iba a estar tan bien protegida? —corroboró otra las palabras de su amiga mientras se disponía a aplacar el calor.

Un puñado de hermosas doncellas se desnudaban dispuestas a bañar sus cuerpos en el río en una escena idílica adornada con el suave roce del sol que se proyectaba en los destellos del agua cristalina y con el canto de las golondrinas como testigos. La lozanía de esas tersas curvas chapoteaba despreocupada navegando en su inocencia juvenil, ajena a viciosas miradas y maledicencias varias. Las risueñas voces resonaban con la dulzura de una lira que abotargaba los sentidos como el más embriagador de los vinos. Entre esas chiquillas no pasaba desapercibida la presencia de la vertiginosa Florinda, ya desnuda en las aguas del Tagus.

—¿Y por qué motivo guardan todas esas riquezas en una torre? ¿Muestran alguna vez tales maravillas al resto de los mortales? —preguntó la bella Florinda deseosa de conocer todas las historias de la corte para así poder agradar más a los demás, atraída por la lujosa pompa y el brillo mítico de aquellos tesoros milenarios.

—Desde que el reino es reino, todos los monarcas han puesto a buen recaudo las riquezas del imperio en esa torre, pero nadie puede verlas so pena de una maldición al rey que viole el sagrado sepulcro de los tesoros. Por eso, cada uno de los reyes se limita a añadir un candado más a su cerrojo y así preservar la fortuna de los visigodos. Penetrar en esa cámara significa ofender a Dios y a la suerte. El rey que lo permita caerá en desgracia —narró una de las muchachas con sobreactuado misterio buscando el sobrecogimiento de las novatas.

El largo silencio de expectación se evaporó en una catarata de agudas risas que recordaban a una fiesta de alocadas ninfas. La inconsciencia juvenil impide que a esa edad tan tierna puedan tomarse ciertos asuntos con la gravedad que requieren. Muchas jugueteaban salpicándose y riéndose, luciéndose como bellas sirenas recreándose en la belleza de sus cuerpos brillantes por las transparentes caricias del agua.

—Yo creo que esa es una historia de algún viejo avaro que no quería que se ambicionasen los tesoros del reino —añadió la salvaje Florinda escéptica ante los presagios catastrofistas y los apocalípticos vaticinios.

—Sólo se podría salir de dudas con la gracia del rey, pero nadie es tan osado como para desafiar a las supersticiones, ni tan siquiera el gran Roderico —le respondió otra de las jóvenes ninfas mientras se secaba y se vestía.

—Eso me gustaría comprobarlo —concluyó en voz baja la hija del conde Olián, alentando con su pensamiento sus instintos más primitivos, con el propósito de satisfacer por sí misma su desbordante curiosidad.

Atraído por la sana algarabía juvenil y por el refrescante chapoteo del agua que corrompía el suave rumor del río, envuelto en una primaveral brisa, se asomó el rey Roderico por una de sus numerosas terrazas para quedarse cautivo de tan bucólica estampa. Sus esculturales cuerpos secándose al aire, sus sedosos cabellos mojados escurriéndose, la ternura de aquellos timbres tan femeninos y jóvenes disfrutando, aquel conjunto de placeres visuales deleitaron al monarca de tal manera que su pesadumbre fue diluyéndose ante el sugerente cuadro desplegado ante sus ojos.

Pero todo este goce sensitivo quedó en una insignificancia ante el cuerpo de la grácil y sensual Florinda emergiendo de las aguas como una venus libidinosa, consciente de su propio embrujo. Esa vorágine de curvas y la tersura de sus carnes empapadas en un brillo casi celestial le abrasó el alma al rey, quedando prendado sin remedio de los encantos del mayor tesoro de Septem. Ya no hubo preocupación ni sarna, tan solo una turgencia en sus calzones fruto del despertar de sus más primitivos instintos. Ante la dureza de su cetro, bajo su cintura, en sus pantalones, Roderico continuó recreándose en aquel cuerpo cuya lasciva atracción le había hecho pasar de rey a esclavo en un simple abrir y cerrar de ojos. En ese preciso instante el rey de Spania, supo que su prioridad absoluta antes de su campaña bélica en el norte era poseer a tan bella criatura y plantar en ella la semilla de su estirpe, poco importaba ya a su conciencia que fuera o no legítimo.

La pícara jovenzuela, sintió una daga invisible que acariciaba su espalda, era la mirada del rey. Consciente de que estaba siendo observada, exageró aun más si cabe sus gestos y su postura al secarse con sus paños, apretando sus senos y deteniéndose con fruición en cada recoveco de su codiciada anatomía, demorando todo lo posible el momento de ocultar su cuerpo bajo la tela de sus ropajes. Recorría sus caderas con una suavidad inusitada, bamboleando sus encantos que parecían embelesar al curioso merodeador mientras las gotas sobrevolaban la atmósfera de su cuerpo, tristes por privarse de aquel tacto divino. Entonces Florinda, con el mayor de los descaros, se atrevió a establecer

contacto visual con su admirador, clavándole el ámbar de sus ojos en sus pupilas e hipnotizándole con un par de sacudidas de sus pestañas felinas. Fue entonces cuando el primero de todos los visigodos, consciente de su vulnerabilidad ante la envergadura y el calibre de tal hembra, acabó por derramarse de placer, derritiéndose en un sordo suspiro. Con su fuego interno apaciguado y no exento de vergüenza por su conducta, Roderico no pudo evitar una última mirada sobre aquella fiera impúdica. Florinda aún no le había liberado de su hechizo y le sonrió para demostrarle que su mirada furtiva también le había complacido a ella.

—¡Alguien está mirándo! —advirtió a voces una de las doncellas aspirantes a damas rompiendo momentáneamente aquel obsceno sortilegio.

Este grito provocó que todas se vistieran raudas poniendo a buen recaudo sus tesoros íntimos antes de huir despavoridas y joviales ante el acecho de unos ojos depredadores. Florinda corrió consciente del devastador efecto que había desatado. Roderico también se ocultó tras los muros de su terraza algo confuso por el extraño poder que había sido capaz de dominarle de tal forma, pero no pensaba renunciar a esa sensación, tal era su deseo que sería capaz de retrasar la campaña del norte .

Capítulo 5

5

En los aposentos reales, el brillo tenue de la luz de las velas creaba una atmósfera casi onírica, como si todo estuviera adornado por un suave baño dorado en continua danza con el sutil oleaje de las sombras. El calor del fuego recubría la suavidad de las sedas y pieles que conformaban el lecho matrimonial y el aroma a incienso mezclado con agua de rosas impregnaba el aire de de una placentera sensación de reposo, propicia para el placer conyugal. La etérea figura de la reina Egilona se desnudaba de sus bellos collares antes de adentrarse en los cortinajes del lecho vestida con el ceñido lino de su camisón, allí le esperaba su esposo, o al menos su cuerpo, pues parecía que su mente estuviera ausente. No era cansancio, ya que sus ojos se mostraban abiertos de par en par, más bien parecía que su espíritu hubiese abandonado su carcasa de carne y hueso en busca de otro lugar.

—Amado esposo, ¿os encontráis bien? —se preocupó la reina ante la inerte apariencia de Roderico. Éste pareció recobrar vida ante el dulce tono de su mujer.

—Nada que deba perturbar vuestro sueño, mi dulce reina —trató de tranquilizar el rey a su esposa, aunque su mente todavía permaneciese fija en aquel río de ninfas, especialmente en los ojos de una en particular.

—¿Gustáis esta noche de ejercer vuestro derecho al sagrado sacramento? —se ofreció sin miramientos la noble Egilona a complacer a su hombre, consciente de que algo en ellos parecía estar muriéndose a pasos agigantados.

—Oh mi bella mujer, de buena gana os colmaría de caricias y besos pero esta noche no me siento bien —se excusó Roderico saciado por la gloriosa visión que tuvo esa misma tarde. Rememorar aquella escena le encendía completamente, pero el sobrio respeto a su reina junto con la vergüenza de su sarnosa apariencia acabaron por quitarle el apetito.

Cualquier otra noche la reina se habría girado en el lecho dejando a su marido en paz mientras trataba de conciliar el sueño con silenciosas lágrimas, pero esa noche Egilona quiso ir más allá:

—¿Es por vuestros padecimientos en la piel, mi amor? —preguntó la reina mientras cogía la mano de su rey y acariciaba su rostro, intentando mostrarse comprensiva y dispuesta para él.

—¿Cómo sabéis...? —respondió visiblemente incómodo el monarca, que aun sabiendo que Egilona conocía sus infidelidades y su sarna, prefirió

simular sorpresa.

—Sé hace tiempo de vuestros problemas de salud —interrumpió la reina a su marido intentando eliminar el más mínimo tono de reproche que hiciese enfadar a Roderico.

—Desconozco la naturaleza de la maldición de la que soy víctima, debéis creerme mi amada reina —expuso cínicamente el rey para no soliviantar a Egilona mientras imploraba su comprensión.

La reina guardó silencio ante las mentiras de su esposo y sigilosamente desató el cordel de la camisola del rey acariciando por dentro la piel de su pecho llena de pústulas y ronchas y atornillando sus ojos y envolviéndolos en el frío fulgor de su mirada cerúlea comenzó a susurrarle:

—No me importan vuestras imperfecciones, os amo a vos por el hombre que sois, no por la apariencia. Amo al guerrero y al rey que quiero que sea el padre de mis hijos, idolatro al señor de Spania, fruto de la más noble estirpe de reyes, adoro a mi hombre, el mejor de todos los visigodos —se mostró vulnerable la aurea Egilona ávida del afecto marital, al tiempo que comenzó a besarle en los labios.

Por un momento el rey pareció excitarse e hincó la rodilla ante el ímpetu de su mujer, entre el fragor de los labios besándose y las caricias de las lenguas bañándose en saliva, la imagen de Florinda inundaba los pensamientos de Roderico hasta el punto de tomar él la iniciativa. Pero cuando todo parecía encauzado, al desgarrarle la camisola Egilona y verse reflejado en un espejo con sus vesículas enrojecidas e infectas, la vergüenza le consumió la libido ablandando su deseo.

—Por favor, para, querida... —suplicó tajante Roderico avergonzado por la situación, sintiéndose vulnerable como un león desdentado y sin garras.

—¿Qué os ocurre, mi rey? —jadeó húmeda y carnal una humanísima Egilona que estaba destapando con fiereza toda su excitación.

—Las heridas de la piel me mortifican, necesito reposo, querida —se excusó Roderico recuperando el aliento y dando alas a su mentira.

La reina quedó paralizada mientras se aminoraba su pulso y la temperatura de su ánimo descendía, su fuego se redujo a humo y las ascuas se ahogaron en su propia vergüenza. La invadió una enorme sensación de debilidad, como si se hubiera mostrado de un modo que no correspondía. Insatisfecha y dolida por el rechazo, recompuso las faldas de su camisón, cogió el brazo de su rey y rodeó su cintura con él mientras agarraba su mano girándose de espaldas a Roderico. En ese instante, por miedo a que su voz se quebrara, prefirió callar y tragar sus lágrimas en la

amargura del silencio.

—No es culpa vuestra, amada mía, es un tema de salud...No quisiera contagiaros... —no paraba de disculparse el rey, afectado no tanto por el feo gesto hacia su esposa como por la preocupación de que su piel pudiera causar la más mínima repulsa a la dulce ninfa del Tagus que envenenaba sus sueños.

—No os preocupéis, mi señor —consiguió exhalar Egilona sin titubear tras recomponer todo el aplomo perdido anteriormente.

Entonces un incómodo silencio se expandió por la cámara, estremeciendo la luminosidad de las velas durante algunos minutos, como si una suave brisa fantasmal e imaginaria estuviese sembrando de rencor el ambiente. La soledad dentro del cortinaje del lecho pareció abismal pese a tener el uno y el otro un cuerpo a su lado, un muro invisible e infranqueable pareció levantarse condenando a marido y mujer a una irremediable frustración. Él se relamía con la fantasía del recuerdo de lo acaecido al atardecer pese al complejo que su enfermedad le causaba, mientras ella se flagelaba al sentirse culpable de aquella situación tan embarazosa.

Egilona sabía que nunca había habido amor más allá de la debida devoción entre cónyuges y el recíproco respeto entre rey y reina, pero ahora le atormentaba su incapacidad de despertar pasión alguna en su esposo y de que el acuciante paso del tiempo fuese letal a la hora de concebir a un hijo, no por consolidar su posición en el trono o perpetuar su linaje, sino por la simple alegría de ser madre. Si fuese una incapacidad fisiológica lo que afectase a su esposo, no sentiría culpabilidad alguna a ojos de Dios, pero sabiendo que el funcionamiento de Roderico era óptimo —pues ya habían consumado el matrimonio— y que todo se debía a la exigua atracción que ella provocaba en él, la desesperación comenzó a adueñarse de su espíritu. La infidelidad no era una opción para la pulcritud de su conciencia, incluso su buena amistad y admiración hacia Pelagius le provocaba no pocos conflictos internos. Tampoco quería caer en el torbellino de los celos, ella que siempre se había mostrado lúcida y racional, pero era consciente de que el gran problema de su matrimonio radicaba en las tentaciones cortesanas.

Entonces un haz de luz rasgó tan espesa nebulosa y encendió su mente. Pensó que si la más casquivana e indiscreta de sus criadas viese las pútridas cicatrices sarnosas en la piel de su esposo Roderico y corriese la voz, ahuyentadas por la repulsiva naturaleza de dicha infección, ninguna joven del reino volvería a plantearse la posibilidad de encamarse con él. Pensó en cuál de sus doncellas sería la idónea para tan desagradable cometido y pronto le sobrevino un nombre a la cabeza que le causó cierta hilaridad interna esbozando una sonrisa imperceptible. Con la moral restablecida y un renovado talante se giró y miró hacia la figura distraída

de su regio marido:

—¿Ese mal os atormenta en demasía, oh mi rey? —preguntó Egilona preparando el terreno para su plan.

—Eh...sí, desde luego...es un tormento indigno de un rey... —respondió Roderico como volviendo en sí de un placentero trance, como si la interpelación le hubiera sorprendido a desmano.

—¿Y si os envío a alguien de confianza que sane vuestras heridas? Si vuestro dolor mitigase, yo sería la más feliz de las esposas del mundo, mi amado rey —propuso la astuta reina endulzando su tono para hacer caer en su trampa al incauto esposo.

—Oh, mi amada Egilona, me haríais el hombre más afortunado del mundo. Soy tan dichoso de teneros a mi lado... —se entusiasmó el caprichoso rey no tanto por la benevolencia de su esposa como por la posibilidad de seducir a aquella joven sin la lacra de las nauseabundas pústulas que tanto bochorno le causaban.

—Pues no se hable más, mañana sin falta ordenaré a alguien de mi servicio a vuestros aposentos privados para que os limpie el veneno de vuestra hermosa piel. Vuestra salud, esposo mío, es la salud de ambos —concluyó satisfecha Egilona fantaseando con el éxito de su plan para salvar su matrimonio.

—No os merezco, amada mía. Solamente la gracia divina pudo poneros a mi alcance. Os amo, mi señora —agradeció Roderico el altruismo de su esposa mientras que en la oscuridad de sus párpados no dejaba de aparecérsele aquel físico juvenil que había emponzoñado sus anhelos transformándolos en puro fuego.

Ambos, aliviados por el desenlace que finalmente se había producido, fueron cayendo en un plácido y descansado sueño, mientras el brillo de la lumbre se consumía permitiendo que la temblorosa penumbra rindiese la dorada atmósfera a la oscuridad.

Capítulo 6

6

La estancia permanecía fría y sobria, adornada de escudos heráldicos, armas que colgaban de las paredes y algunas cabezas de piezas de caza mayor, al tiempo que la luz entraba por los ventanucos dotando a la sala de una gran claridad que aumentaba la nitidez del espacio. En una gran mesa redonda se desplegaban enormes y minuciosos mapas cuyo fin era la preparación estratégica de las futuras campañas bélicas que el reino debía afrontar, alrededor de la mesa, sentados en los poyos, la plana mayor de los ejércitos de Roderico y sus hombres de confianza.

—Desde la Septimania se desperdigarán hacia el sur, tal vez si reducimos a los vascones y tomamos la antigua plaza de Pompaelo con rapidez, podríamos situarnos en su retaguardia y envolverlos. No tendrían capacidad de reacción y el resto de sus huestes quedarían aisladas. Sería probable que capturásemos a alguno de los hermanos de Witiza, lo cual nos abriría las puertas a una negociación —explicó Pelagius la táctica a seguir en la guerra fratricida que acechaba al reino señalando con su bastón de mando cómo se organizarían las tropas sobre el mapa.

—Me gusta el plan, pero no tengo intención alguna de negociar, mi admirado amigo. Ni uno de esos traidores vitizianos merece seguir con vida. Son un peligro para el reino. La paz sólo será posible cuando sus cabezas adornen unas picas en la Torre —se mostraba tajante el rey Roderico, rabioso como un perro y sin la menor brizna de clemencia en sus palabras.

—Entonces sólo se hallará la victoria, la cual durará hasta que el enemigo vuelva a reagruparse, pero no habrá paz —intervino uno de los consejeros tratando de abogar por una vía más diplomática.

—La habrá si se acaba con el enemigo —sentenció el monarca de los visigodos.

—Tiene razón nuestro señor el rey, esos vitizianos no son sólo un peligro para el reino, sino para toda la cristiandad. No se andan con remilgos y según mis fuentes están tratando de unir a sus fuerzas a los mahometanos del sur, más allá de los dominios del conde Olián —añadió otro consejero causando un fuerte impacto entre los asistentes, que inmediatamente empezaron a chismorrear provocando una sonora algarabía que exudaba preocupación por todos sus poros.

—El conde Olián no nos traicionaría jamás, ya lo demostró con su heroísmo en Tingi ante Uqba —se escuchó entre el vocerío a otro

consejero.

Entonces el rey rugió mandando callar y la serenidad de un silencio tenso acudió ipso facto a la estancia. Los rostros de muchos consejeros y generales se había torcido, un frente doble no convenía a un reino que tanto material como monetariamente no andaba precisamente boyante. Una cosa era una guerra dinástica, y otra era una invasión bárbara.

—Como bien sabéis, antes de que el trono me reclamara por la gracia de Dios, fui duque en la Bética y traté en varias ocasiones temas administrativos con el noble señor de Septem, y puedo asegurar que nuestra relación es inmejorable. Le tengo por uno de mis más fieles vasallos —tranquilizó el rey a sus generales y consejeros con la mayor de las solemnidades, como si su palabra fuera la ley.

—De hecho me consta que su única hija está al servicio de la reina en la corte. Si fuese a conspirar contra el rey, no dejaría su única debilidad al alcance de su supuesto enemigo, no tendría sentido alguno —reforzó Pelagius la teoría de Roderico.

Ante estas nuevas, el comité pareció respirar tranquilo y entre profundos resoplidos hubo tiempo de regocijarse. Se respiraba en el ambiente que ahora el prisma era otro, si el conde de Septem se mantenía leal y mantenía a berberiscos y omeyas más allá del mar, era más que factible que la espada del rey doblegase a los vitizianos, sobre todo teniendo en cuenta que sus herederos naturales todavía eran muy bisoños como para adquirir una responsabilidad tan grande como el trono.

—La clave será tomar prisioneros a los hermanos de Witiza, Oppas y Sisberto, ellos son como las cabezas de la Hidra de Lerna, si caen ellos, sus sobrinos carecen de fuerza para ambicionar el trono, mi señor —expuso uno de los generales retomando la campaña septentrional.

—No correré riesgos dejando vitizianos vivos, no volveré a repetirlo. Oppas, todo un arzobispo de Sevilla arrastrándose ante los infieles...¡Cómo se puede albergar la más mínima clemencia con semejante áspid! —pareció enojarse el rey Roderico ante la excesiva piedad que se adivinaba en las palabras de sus hombres.

—Pues en cuanto terminemos de reclutar soldados, de organizar el avituallamiento y de distribuir a los hombres en los ejércitos, comenzaremos la campaña. Esta misma tarde mandaremos emisarios a las plazas aliadas para que se reúnan con nosotros en el punto fijado. Considero que como máximo en tres días deberíamos estar movilizando nuestros ejércitos —consideró Pelagius teniendo en cuenta las jornadas de viaje y tratando de anticiparse a los movimientos del adversario.

—Tranquilo, mi fiel caudillo. Nadie más que yo quiere ver a esa escoria vitiziana ajusticiada, pero no tengamos tanta prisa. Antes debo recuperarme de una leve infección...Ya saben mis buenos señores que aunque los reyes envejecen, las mujeres se le ofrecen. Necesitaré al menos diez días —se excusó el rey por la demora con una risa socarrona insinuando que sus problemas de salud se debían a su ajetreada actividad amatoria.

Todos los consejeros y generales, excepto Pelagius, rieron con estruendo varonil, impulsados por el típico compadreo masculino, tan primitivo y frecuente en este tipo de asuntos que enlazan relaciones íntimas y mujeres. Tras haber quedado todo fijado, los contertulios abandonaron la estancia y quedaron únicamente el rey Roderico y un Pelagius que se mostraba muy serio, casi hierático, miraba a los ojos de su señor con el ceño fruncido y el disgusto crucificado en su semblante.

—No os enfadéis, amigo mío, era una chanza para subir la moral. Sabéis que idolatro a mi reina y que jamás la faltaría al respeto —se justificó el monarca ante el rictus pétreo de su mano derecha en el campo de batalla.

—No soy partidario de ese humor, mi señor, pero lo que verdaderamente me quitará el sueño esta noche es el hecho de retrasar tantas jornadas la campaña, perderemos la ventaja de poder sorprenderles y el plan podría fallar, o si por un casual hubiera algún contratiempo en el camino... Mi rey, realmente considero que en esta campaña toda premura es poca —advirtió con responsabilidad Pelagius visiblemente contrariado por la actitud indolente y despreocupada del monarca.

—Tú siempre tan diligente, mi noble amigo, eres como un hermano para mí y sabes que aprecio tu buen juicio, pero en esta ocasión pecas de precavido. Somos mejores militares que Sisberto y que esa rata de Oppas, tenemos más hombres y mayor armamento. Además ya has oído que reniegan de Dios, ¿qué clase de suerte podría amparar a tamaños pecadores? —trató de quitarle hierro a los consejos del noble guerrero un Roderico que se mostraba con una autosuficiencia que rozaba la más pura arrogancia.

—¿Verdaderamente os impide vuestra dolencia cabalgar tan pronto? —se preocupó Pelagius por el estado de su señor—. Si así fuere, yo asumiría la responsabilidad mientras vos recobráis vuestra salud, oh mi rey —concluyó el bienintencionado caudillo.

—¿Tan mal me veis? Aún soy joven para ser un rey que engorda en su trono a base de perdices y vino. No os preocupéis, Pelagius. Lo que sucede es que antes de ir a combatir y encararme con la muerte, me gustaría dejar atados algunos asuntos de carácter privado...ya sabéis...asuntos de alcoba... —aclaró el monarca con un tono tal que a

Pelagius le pareció entender que se trataba de un tema personal relacionado con la reina y la sucesión.

Ambos caballeros, rey y vasallo, se movían por los pasadizos de palacio recibiendo reverencias de quienes se cruzaban en su camino. Mientras el rey se dirigía a sus aposentos privados en compañía de Pelagius, éste no pudo morderse la lengua al tratarse de un tema que atañía a su querida amiga Egilona.

—Mi señor, si la reina está en estado de buena esperanza, lo más conveniente es que permanezcáis a su lado —pecó de nuevo de ingenuo el noble guerrero ante su rey.

—No se trata de la reina, mi inocente hermano de armas. Quiero poseer a una hermosa criatura que anda entre las doncellas de palacio, pero antes de cortejarla para evitar que vea mis pústulas infectas y putrefactas, he de limpiar mis llagas. En cuanto esté sanado, montaré a esa potrilla para que albergue mi simiente en su vientre y perpetúe mi estirpe —se desternilló el rey Roderico sin ruborizarse ni lo más mínimo por su falta de moralidad, dejando a Pelagius helado ante tan desproporcionada fechoría en el seno del sagrado matrimonio y sobre todo contra tan virtuosa mujer que era su esposa, la reina, su amiga y su señora.

—¡Pero...pero...habláis de engendrar un...un bastardo, mi señor! —se escandalizó en voz baja el bueno de Pelagius, cuyos valores entraban en conflicto directamente contra la naturaleza vil de tal conducta.

—No exageréis, Pelagius. Lo hago por el reino, no por lujuria. Tu reina seguirá siendo mi reina —argumentó Roderico sin el más mínimo esfuerzo por ser creído.

Pronto llegaron a la cámara privada de Roderico y el rey despidió con efusividad a un Pelagius que todavía permanecía incrédulo y anonadado ante la escasez de escrúpulos de la que había hecho gala su señor. Una vez se cerró la puerta, el noble caudillo avanzó por el largo pasillo con los pensamientos repletos de tribulaciones, tanto por la contienda contra los vitizianos como por la inmoralidad de Roderico, pero sobre todo, por lo que más hervían sus entrañas era por la aflicción que pudiera sentir la reina Egilona ante tal desfachatez.

De repente, al final del pasillo, el noble caballero apreció cómo surgía de la oscuridad una figura femenina, esbelta y proporcionada, que se movía con la ligereza salvaje propia de un depredador felino, elegante y sensual. Ataviada con un hermoso vestido de tela que no podía contener la explosiva feminidad de sus formas, la joven doncella empujaba un carrito en donde guardaba mejunjes y aceites, junto con paños, vendas y otros utensilios. Pelagius, intrigado y atraído por tan efervescente hermosura,

no pudo más que abordarla con los modales propios de un caballero:

—Saludos, virtuosa doncella, perdonad que os entretenga. Mi nombre es Pelagius y soy caballero del rey y caudillo de sus ejércitos. ¿Podríais hacerme el gran favor de satisfacer mi curiosidad y decirme quién sois vos? —se presentó el militar con el afán de arrojar luz sobre una sospecha que le estaba rondando la cabeza.

—Oh, noble caballero, es un placer serviros. Mi nombre es Florinda, soy natural de Septem —accedió la muchacha a complacer a tan ilustre caballero con un tono tan dulce que parecía respirarse almíbar en el ambiente.

—He oído hablar mucho de vos, y al parecer las palabras no hacen justicia a la magnitud de vuestras virtudes. ¿Sois vos la hija del gran conde Olián? —continuó Pelagius con su interrogatorio fortuito.

—Mi padre es, oh noble señor mío —respondió obediente y sumisa la joven con su voz suave y cálida, sin parar de iluminar con su sonrisa.

—Admiro mucho a vuestro padre. Si le escribís, espero que tengáis a bien complacerme y enviarle saludos en mi nombre. Sabed que en la corte se le tiene en gran estima y es mucho el respeto que el rey siente por él —se mostró diplomático la mano derecha de Roderico.

—El sentimiento es recíproco, mi señor. Él también os admira y siempre me comenta lo mucho que goza sirviendo al reino —contestó Florinda haciendo gala de los modales adquiridos.

—¿Adónde os dirigís tan cargada, mi dulce Florinda? ¿Necesitáis ayuda? —se ofreció Pelagius cortésmente.

—Os lo agradezco, mi señor, pero puedo sola. Me dirijo a los aposentos privados del rey para atenderle, necesita ciertos cuidados médicos. ¡Oh, vaya...no quería resultar indiscreta...por favor, disculpad mi atrevimiento! —pareció ruborizarse entre nervios la inocente muchacha ante ojos del buen Pelagius.

—No os sintáis mal. Será nuestro secreto, bella doncella. No quiero entreteneros más, no hagáis esperar al rey por mi culpa. Un placer, Florinda —se despidió el caballero con una educada y leve genuflexión, bastante satisfecho por lo que había deducido de la joven moza del conde Olián.

—El gusto ha sido mío, mi señor —correspondió al gesto la tierna joven y continuó su camino hasta la habitación privada del monarca contoneando

su encantadora silueta.

Pelagius continuó pensativo por los pasillos, removido por las deducciones que asomaban por su mente, como martillazos en la cerámica haciendo añicos el sosiego en el que solía navegar su espíritu. Comprendió que el libertinaje de Roderico no tenía límites y que estaba siendo negligente no sólo por la tardanza en partir al combate, sino por tratar de deshonrar por capricho a la hija de un aliado vital que podría tener la llave no sólo para desequilibrar la guerra civil, sino para poner en aprietos a toda la cristiandad. Y por si fuera poco, pretendía engendrar a un bastardo para que haya pruebas de su felonía, sin lugar a dudas el rey había perdido su buen juicio, si es que alguna vez lo había tenido.

Pero lo que le inquietaba realmente era que la linda doncella fuese enviada por la reina a los aposentos privados del rey. ¿Qué se propone Egilona con esto? Exponerse a tal vergüenza no es propio de su carácter, es una buena cristiana y una señora bendita de los pies a la cabeza, ella no caería en esos juegos tan perturbadores, propio de sátiros y descarriados. ¿Cabría la posibilidad de que la reina estuviera pecando de ingenua? No, una mujer de tamaña inteligencia no estaría tan ciega, ella conoce los vicios de su esposo, no le pondría accidentalmente la tentación tan a mano. Entonces permaneció el noble Pelagius meditabundo hasta llegar a su estancia, donde por fin relacionó la putrefacta naturaleza de las viscosas vulvas infectadas de pus entre sangre y costras marchitas con la tierna y delicada bisoñez de la joven Florinda.

—La astucia de mi Egilona no tiene parangón —suspiró sonriendo al silencio de la soledad que inundaba su alcoba. Con todas sus fuerzas deseaba que el plan de su reina funcionara, no sólo por el futuro del imperio visigodo y de la cristiandad, sino porque nada haría más dichoso al bueno y fiel Pelagius que la felicidad de Egilona.